

¿LA IZQUIERDA ANTISEMITA? UN COMENTARIO CRÍTICO A TAGUIEFF

PIERRE-ANDRÉ YAGUIEFF. *La nueva judeofobia*.
Barcelona: Gedisa, 2003, 254 págs.

EL ANTISEMITISMO OCCIDENTAL CONTEMPORÁNEO, en su doble tradición cristiana y racista (esta última la propiamente antisemita), se desarrolló desde las últimas décadas del siglo XIX y culminó con el exterminio judío a manos del Estado nacionalsocialista durante la Segunda Guerra Mundial. Tras el descubrimiento de Auschwitz y la derrota del fascismo, este antisemitismo quedó enormemente debilitado. Y más tras la revisión de la teología sobre el deicidio que hizo la Iglesia católica a partir del Concilio Vaticano II.

Pero este antisemitismo, que podemos denominar “clásico”, no ha desaparecido. Es sostenido aún por los grupos neofascistas y neonazis; y por muchos integristas y fundamentalistas, sean estos católicos, protestantes u ortodoxos. Y parece que resurge entre las capas populares de algunos países europeos, singularmente en los del antiguo bloque comunista. La literatura de esta corriente ideológica se ha visto renovada con nuevos temas: la negación del Holocausto, la penetración del viejo complot judío mundial dentro de la Iglesia católica (en los años del Concilio) y, más tarde, la teoría del control secreto judío del proceso de globalización. Estos antisemitas atacan al Estado de Israel con especial interés. Pero para ellos Israel no es un Estado nacido en 1948, sino el judaísmo eterno que ahora vuelve a manifestar su rostro criminal. Para ellos, “sionista” y “judío” son sinónimos. Por ejemplo, consideran sionistas a David Ricardo, Disraeli y Marx.¹ Con el reciente crecimiento de la extrema derecha europea han aumentado en algunos países las pintadas amenazadoras, las agresiones a sinagogas y las profanaciones de cementerios judíos.

Pero no es a este antijudaísmo al que dedica su atención Pierre-André Taguieff en *La nueva judeofobia*, probablemente la obra principal de la actual campaña de denuncia de un supuesto antisemitismo renovado dentro de la izquierda europea, que tanto ha dado que hablar en España con motivo de la reciente guerra de Líbano. Taguieff es uno de los principales estudiosos del antisemitismo contemporáneo y autor de admirables ensayos sobre el fenómeno del racismo.² Para él la nueva judeofobia se basa en la identificación de “todos los judíos” con el sionismo, carac-

¹ Leo FERRARO, *El último protocolo. Las claves secretas del dominio sionista mundial*. Madrid: Vassallo de Mumbert, 1986, p.7.

² Taguieff es director y principal autor de *Les Protocoles des sages de Sion. Faux et usages d'un faux*. París: Berg International, 1992, y de *L'antisémitisme de plume 1940-1944*. París: Berg International, 1999. Es autor también de *La force du préjugé. Essai sur le racisme et ses doubles*. París: La Découverte, 1987, y de *Le racisme*. París: Flammarion, 1997.

terizado este como racista e imperialista, lo que significa retomar del antisemitismo clásico la concepción del judaísmo como mal absoluto y el tema de la conspiración que busca imponerse y dominar. De esta nueva judeofobia participa la extrema derecha, pero con mucha mayor relevancia el islamismo, la totalidad de los regímenes árabes y también “los medios llamados ‘progresistas’, de los comunistas a los izquierdistas” (p.17-18 y 40).

JUDEOFOBIA PROGRESISTA

Edgar Morin discrepa de esta última caracterización de la izquierda como antisemita (*El País*, 9-3-2004). Para ello distingue el antijudaísmo (o rechazo de los judíos en sí) del antisionismo (rechazo del nacionalismo judío y del derecho del pueblo judío a tener un Estado propio) y del “antiisraelismo” (entendido como la crítica “de la actitud del poder israelí frente a los palestinos y frente a las resoluciones de la ONU”, que no supone rechazar la existencia de Israel en sus fronteras internacionalmente reconocidas). Morin señala que en algunos casos el antiisraelismo deriva en antijudaísmo, en parte porque “Israel es un Estado judío” y porque su política es defendida “por gran parte de los judíos de la diáspora”. Esto puede darse en la mentalidad popular, en la que se reactiva la clásica imagen del judío como extranjero inquietante, anclada “en el subconsciente francés”. Estoy sustancialmente de acuerdo con Morin, también cuando concuerda con Taguieff (p.42) en que donde el deslizamiento del antiisraelismo al antijudaísmo se ha dado plenamente es en amplias capas de las poblaciones árabes, entre las cuales circulan las viejas tesis del antisemitismo occidental sobre el dominio judío del mundo, y sus viejos textos fundamentales, como los *Protocolos de los sabios de Sión*. En todo caso, tanto Taguieff como Morin consideran que el pivote de esta nueva judeofobia islamista es Israel. Pero, como Morin, discrepo del primero cuando asegura que el antiisraelismo de la izquierda europea ha devenido antisemita. Quizás esto pueda ser válido para sectores extremistas muy minoritarios.

Taguieff alerta sobre la amenaza que significa el islamismo en auge. El terrorismo islámico no solo busca expulsar a los judíos de Israel, sino también islamizar el mundo derrotando a los Estados Unidos y a todo el Occidente cruzado (p.36). Sin embargo, Taguieff intenta no caer en generalizaciones. Distingue “islam” de “islamismo”, afirma que el Corán rechaza la extensión de la fe mediante la coacción (p.74, n.39) y reconoce la existencia de un islam laicista centrado en la salvación de los creyentes (p.48 y 219). Taguieff denuncia también el aumento de la judeofobia entre las minorías inmigrantes de origen árabe, ganadas cada vez más por el islamismo y protagonistas de una espectacular escalada de violencia antijudía en Francia, con amenazas, agresiones e incendios a sinagogas y centros judíos (escalada que ha disminuido, pero que sigue obligando a la comunidad judía a adoptar especiales medidas de protección). Denuncia asimismo la pasividad de la sociedad francesa, de los medios de comunicación y, especialmente, de los sectores izquierdistas ante esta escalada violenta (p.89-91 y 191).

Aunque creo que en esta última denuncia no le falta razón, la visión que Taguieff ofrece de la izquierda es una exagerada caricatura. Califica de antijudaísmo lo que no es sino crítica de la política israelí de ocupación y colonización de los territorios palestinos (antiisraelismo). Y llega a hacer afirmaciones demonizadoras y absolutamente injustificadas de esta izquierda. Como cuando dice que su objetivo es destruir Israel, culpable de “la mayoría de las desgracias que hoy golpean al mundo” (p.40). O que, como el antisionismo islamista, el de “los círculos que aún se imaginan ‘progresistas’ [...] es una judeofobia de exterminio” (p.63).

Según Taguieff, este antijudaísmo extremo de la izquierda europea (en varias ocasiones especifica que no de toda ella) asocia en su odio a Israel con los Estados Unidos y con Occidente en su conjunto, que “encarna el mal”, por lo que exhorta al arrepentimiento y exige “una reparación financiera por el esclavismo y el colonialismo, incluso el ‘genocidio’ de los africanos” (p.63). Pero, pese a que Taguieff utiliza estas ideas para descalificar al mundo progresista, él mismo sostiene en otros lugares que “es conveniente rechazar una cierta forma, digamos imperial, de ‘occidentalización del mundo’” (p.74, n.39), y denuncia la situación de los “marginados” (inmigrantes incluidos), “sumidos en la angustia por los mecanismos desestructuradores de la globalización económico-financiera” (p.201). Recordemos que en *Le racisme* había sostenido el origen occidental de este fenómeno a partir del siglo XVI, vinculado con la persecución de judíos y conversos en España, con la expansión colonial y con la esclavización de los africanos.³

Además de satanizar a la izquierda occidental (cuya mayoría, en mi opinión, solo es crítica hacia la política israelí), Taguieff no repara en dos importantes diferencias que el discurso izquierdista mantiene con el del antisemitismo clásico. Mientras que para este el mundo está dominado por Israel (los judíos), siendo Estados Unidos su marioneta subordinada, para los viejos antisionistas de la guerra fría es Israel el peón o portaaviones del imperialismo norteamericano en Oriente Medio.⁴ Por otra parte, Taguieff afirma que esta izquierda demoniza a Israel al compararlo con la Alemania nazi, y a Sharon con Hitler (p.96). Ocasiones ha habido, es cierto, en que se ha equiparado explícitamente la ocupación de los territorios palestinos con el genocidio nazi —como hizo de forma sonora José Saramago durante una visita a Israel y Palestina al comienzo de la segunda Intifada—. Pero en mi opinión esta desmesura no es usual. Normalmente lo que se recalca es que las antiguas víctimas se han convertido en verdugos, no en exterminadores sistemáticos. Toda comparación con el nazismo siempre supone una voluntad explícita de condena radical, frecuentemente utilizada en múltiples contextos, pues, no en balde, en las sociedades democráticas actuales el nazismo es un paradigma de mal absoluto (recuérdense, por ejemplo, las habituales caracterizaciones del terrorismo de ETA y del nacionalismo vasco radical, e incluso del moderado, como nazismo, o, más recientemente, la del

³ P.-A. TAGUIEFF, *Le racisme*, p.32-43.

⁴ En Gonzalo ÁLVAREZ CHILLIDA, *El Antisemitismo en España*. Madrid: Marcial Pons, 2002, p.466-470, se comentan los contenidos de seis libros antisionistas de izquierda españoles del período de la guerra fría.

gobierno tripartito de Cataluña como nacionalsocialista). El poeta argentino de origen judío Juan Gelman expresaba así qué entendía por “políticas genocidas del Estado de Israel”: “¿Y cómo es posible que ahora sean sitiadores de todo un pueblo los hijos, los nietos, los biznietos de quienes, como mi madre y sus hermanos y su padre rabino, padecieron el cerco zarista en los guetos, y luego, como mis primos, el encierro en los campos de concentración nazis? [...] ¿Y ahora esos descendientes de la persecución crean guetos para los palestinos, dinamitan sus casas, los sitian por hambre [...], usurpan sus tierras aplicando esa razón de las bestias que es la fuerza? [...] Los judíos siempre fuimos perseguidos, nunca perseguidores; discriminados, nunca discriminadores; [...] Nada tiene que ver el Estado de Israel con la tradición judía, la más democrática del mundo” (*ABC*, 22-4-2001). Con todo su radicalismo, y aun empleando el término “genocida”, del que discrepo, Gelman denuncia a los nuevos verdugos, que no exterminadores, en nombre de las viejas víctimas.

Y si me parecen rechazables excesos como los de Saramago, que utiliza Auschwitz para condenar a Israel, no menos rechazable me parece la falsa ecuación demonizadora que trazan quienes, como Taguieff, utilizan el Holocausto para condenar el antiisraelismo progresista: antiisraelismo = antijudaísmo = “judeofobia de exterminio”.

La diferencia obvia entre este discurso antiisraelí y el del antisemitismo de extrema derecha está en que este último, lejos de condenar las persecuciones históricas antijudías y el Holocausto, justifica las primeras mientras niega (y justifica a la par) el segundo. ¡Curiosos antisemitas estos nuevos judeófobos de izquierdas que toman como medida del mal la persecución secular a los judíos!

EL CONFLICTO PALESTINO-ISRAELÍ

El conflicto entre israelíes y palestinos está, sin duda, en el centro de la nueva judeofobia que denuncia Taguieff. Se trata de un conflicto que levanta pasiones, y no solo entre los pueblos contendientes. Son frecuentes los alineamientos incondicionales. Algunos solo ven la ocupación y colonización israelí de los territorios palestinos y la brutalidad de las acciones represivas y destructivas del Tsahal, y pasan por alto los atentados suicidas palestinos sobre civiles israelíes de toda edad y condición. Otros solo ven este terrorismo criminal y excusan comentar las constantes expropiaciones de tierras y aguas, el aislamiento de pueblos y ciudades mediante carreteras exclusivas para colonos israelíes, toques de queda y muros, así como las casas destruidas y la gran cantidad de muertos y heridos, también de toda edad y condición, que deja la represión israelí. *La nueva judeofobia* se alinea en esta última postura.

Desde el comienzo Taguieff se muestra partidario de la creación de un Estado palestino sobre las estrictas fronteras de 1967, incluyendo el desmantelamiento de las colonias. Aunque subordina este deseo a varios requisitos: el reconocimiento palestino de Israel, el fin del terrorismo y la desislamización del movimiento palestino (p.29). Además, piensa que ahora, tras el 11-S, no es el momento oportuno ya

que Bin Laden “manifiesta exigencias del mismo tenor” (p.220). Pero Taguieff se olvida de explicar por qué defiende la creación de un Estado palestino. ¿Vendría a reparar alguna opresión o injusticia? Prácticamente nada dice al respecto. Solo en una ocasión alude a “los sufrimientos de la mayor parte del pueblo palestino” (p.35), aunque también dice que otra causa de la imposibilidad de acuerdo entre este e Israel es que “los palestinos se hallan instalados en la cómoda posición del oprimido y de la víctima” (p.104). No queda claro si es que se disfrazan de víctimas sin serlo, o si sufren una verdadera opresión que, sin embargo, comporta una inexplicada comodidad.

Lejos de hablar de esos “sufrimientos” de los palestinos, Taguieff viene a justificar los asesinatos selectivos israelíes “cuando un responsable islamista, planificador y organizador de acciones letales, es eliminado en su calidad de tal” (p.113). Con lo que, además de olvidarse de las víctimas “colaterales” que este tipo de acciones suelen provocar, nos abre un interrogante sobre su concepción del Estado de derecho. Al referirse a la tristemente célebre matanza de Sabra y Chatila, no solo exculpa a Sharon (aunque en una nota reconoce que los israelíes, custodios de los campos, tuvieron alguna responsabilidad), sino que da una explicación del suceso que suena a siniestra justificación: “En Sabra y Chatila fueron unos libaneses quienes, como reacción a las múltiples exacciones de los palestinos en su tierra, se vengaron en forma salvaje” (p.97 y 122, n.21). ¿Qué pensaría Taguieff de este mismo texto si se leyera referido a los atentados suicidas y sustituyendo “libaneses” por “palestinos” y “palestinos” por “israelíes”? Finalmente, las imágenes televisivas de un niño palestino muerto por disparos del Ejército israelí, al comienzo de la segunda Intifada, llevan a Taguieff a comentar que, con ellas, se difunde la imagen del Tsahal que “asesina a niños inocentes” y se reactiva “la leyenda del asesinato ritual”, lo que sirve para olvidar las matanzas de civiles israelíes a manos de los kamikazes palestinos. Como he dicho, me parece lamentable que unos crímenes oculten otros, pero no solo en el sentido expresado por Taguieff.

Al igual que la izquierda antiisraelí, los árabes y palestinos son, con mayor motivo, acusados por Taguieff de querer destruir Israel. Ciertamente, esta fue la postura oficial de la Liga Árabe y de la OLP durante largo tiempo. Pero desde los años ochenta tanto una como otra aceptaron la existencia del Estado israelí en sus fronteras de 1967, ofreciendo a cambio el pleno establecimiento de relaciones diplomáticas y siguiendo las resoluciones aprobadas por las Naciones Unidas. Y esto, de nuevo, es olvidado por Taguieff.

El tema de los refugiados es, sin duda, complejo; pues, además de sus derechos, reconocidos por la ONU, está la estabilidad de Israel, también reconocida por este organismo, que podría peligrar si se produjera un retorno masivo. Pero Taguieff rechaza sin matices “el derecho de los palestinos a regresar a su país, lo que a largo plazo implica la desaparición por inmersión de la nación israelí” (p.162). Creo que Taguieff debería explicar mejor por qué los palestinos no tienen derecho “a regresar a su país”, y sí tienen derecho a instalarse en él los judíos de Ucrania, Argentina

o Australia. ¿Qué diferencia a ambos tipos de individuos para contar con tan desiguales derechos?

Cuando Taguieff ataca a los antiisraelíes progresistas dice que otro modo de demonizar a Israel es compararlo con el antiguo *apartheid* sudafricano (“Es necesario y urgente destruirlo [a Israel], tal como fue abolido el sistema de *apartheid* en Sudáfrica”, p.98). Creo que el ejemplo revela bien las gratuitas suposiciones de Taguieff, ya que también los blancos racistas sudafricanos justificaban su régimen afirmando que los negros los eliminarían en cuanto pudieran. Ciertamente odio no faltaba por ambas partes. Pero el tiempo demostró que los enemigos del *apartheid* lo que querían eliminar era el *apartheid*, no a quienes se beneficiaban de él. Del mismo modo, los progresistas antiisraelíes (en el sentido que da Morin al término) lo que desean es que termine la ocupación y colonización israelí de los territorios ocupados. No la destrucción de Israel, y menos aún el exterminio de sus habitantes, como asevera Taguieff.

JUDEOFOBIA JUDÍA Y CRÍTICA A ISRAEL

Taguieff distingue la legítima crítica racional del “rechazo incondicional de Israel basado en su irracional satanización” (p.161). ¿En qué consiste la crítica racional? El libro no lo aclara. Juzguemos a partir de algunos ejemplos.

Amos Kenan aseguró que en 1967, con la ocupación y colonización de los territorios, nació “un Israel colonialista” (*Haaretz*, 18-4-1972). Amira Hass escribió a comienzos de la segunda Intifada que Israel ha podido “duplicar el número de colonos en diez años, ampliar los asentamientos, continuar su política discriminatoria de recortar raciones de agua para tres millones de palestinos, evitar el desarrollo palestino en casi toda Cisjordania y confinar una nación entera en áreas restringidas, encerrándoles en una cárcel de autopistas solo para judíos. En los días de estricta restricción interna de movimientos en Cisjordania, resulta evidente con qué intención fue planificada cada una de las carreteras: para que 200.000 judíos tengan absoluta libertad de movimientos y cerca de tres millones de palestinos queden encerrados en sus bantustanes hasta que se sometan a las demandas israelíes” (*Haaretz*, 18-10-2000). El prestigioso historiador Zeev Sternhell ha hablado también del “Israel colonial”, diciendo que sus dirigentes “están inmersos [...] en tareas de policía colonial, que recuerda la toma de los barrios pobres de los negros sudafricanos por parte de los policías blancos durante la época del *apartheid*” (*Haaretz*, 7-3-2002). Por último, el también historiador y ex ministro laborista Shlomo Ben-Ami declaró, al comentar la política de Ariel Sharon: “La dignidad del pueblo palestino debe ser también una exigencia vital por parte de los israelíes. No existe solución en la represión y en el encarcelamiento de todo un pueblo. Ya es hora de que se ponga fin a esta interminable contabilidad de sangre y venganza”. Y añadía: “La represión de la dignidad del hombre palestino por el Ejército israelí es uno de los capítulos más tristes de nuestra reciente historia. El terrorismo suicida palestino

es una aberración moral, además de ser ineficaz desde el punto de vista de la propia causa palestina”.⁵

Críticas todas estas expresadas con una contundencia difícil de encontrar en las páginas de la prensa progresista europea. A mi juicio sus autores son israelíes, ardientes sionistas en muchos casos, que tienen sensibilidad para ponerse en el lado del adversario, sin menoscabar un ápice su deseo de defender los derechos reconocidos de Israel.

Mucho más raro es encontrar en la prensa progresista occidental críticas a la situación de la minoría árabe del Estado israelí. Sobre este tema Ben-Ami opina: “Todos los ciudadanos, cristianos, musulmanes o judíos, deben tener un acceso igual a las instituciones, a las funciones políticas, a las posibilidades económicas, a las formaciones pedagógicas [...] Ahora bien, hoy en día el veinte por ciento de árabes que viven en este país está a una distancia astronómica de esta realidad”. Y añade: “Hoy los ciudadanos árabes no están en una situación de verdadera igualdad en el ejercicio de sus derechos, en su acceso al empleo, en el desarrollo de sus pueblos, en su acceso a las instituciones públicas”.⁶

Evidentemente, ninguno de los autores citados está justificando el terrorismo palestino con sus contundentes críticas a la política israelí. Tampoco lo hacen los progresistas europeos, como pretende Taguieff, con la excepción, sin duda, de algún extremista de escasa audiencia. Taguieff dice que estos progresistas rechazan incondicionalmente a Israel con un “argumento implícito fundamental: ‘Si Israel no existiese, la paz y la justicia reinarían en Oriente Próximo’” (p.162). Yo creo que su verdadero argumento es: si Israel descolonizase los territorios ocupados y firmara la paz con los árabes, los graves problemas de Oriente Medio serían más fáciles de solucionar y el terrorismo islamista vería debilitado su creciente apoyo popular. No otra cosa pensaba Ben-Ami cuando decía: “Es necesaria la movilización de energías internacionales para resolver los conflictos que forman el *caldo de cultivo del fenómeno terrorista*. Yo espero que el 11 de septiembre refuerce la determinación y la convicción de la comunidad internacional de que solo un esfuerzo internacional puede resolver la tragedia palestino-israelí”.⁷

Algunos israelíes y judíos de la diáspora han llevado sus críticas hasta el punto de cuestionar el origen de Israel, no porque rechacen este Estado sino porque denuncian la injusticia cometida por él con los palestinos, injusticia que desearían ver reparada. El mismo Primo Levi consideró que el mayor problema del sionismo era que “aquel territorio no estaba vacío”. En una ocasión, durante una conferencia en Nueva York ante una audiencia judía, esta afirmación suya provocó un tumulto: “Cuando empecé a explicar que consideraba Israel un error en términos históricos, se armó un gran alboroto y el moderador tuvo que suspender el acto”. Durante la

⁵ Las citas de Kenan, Hass y Sternhell en Noam CHOMSKY, *Ilusiones de Oriente Medio*. Madrid: Popular, 2003, p.165, 321 y 327. Shlomo BEN-AMI, *¿Cuál es el futuro de Israel?* Madrid: Ediciones B, 2002, p.451 y 466.

⁶ S. BEN-AMI, p.52-54.

⁷ *Ibid.*, p.476.

guerra de 1948 el filósofo Martin Buber intentó comprender el miedo de los árabes ante la presencia de los judíos en Palestina, criticando que estos se hubieran establecido “sin ponerse de acuerdo con la gente de esta tierra”. Y desde una sensibilidad diferente, el general Moshe Dayan abordó el problema durante el funeral de un joven miembro de un *kibutz* asesinado por maleantes árabes en abril de 1956: “¿Por qué hemos de quejarnos de su feroz odio hacia nosotros? Desde hace ocho años están instalados en los campos de refugiados en Gaza y ante sus ojos hemos convertido en nuestra casa la tierra y los pueblos en los que ellos y sus antepasados han vivido”.⁸ También Shlomo Ben-Ami se plantea este problema fundamental de la historia del sionismo cuando comenta la carta de Bush a Sharon en apoyo de su plan de retirada unilateral de la mayor parte de la franja de Gaza. “La carta de Bush solo se parece a la histórica Declaración de Balfour en 1917 en un aspecto vital: ambas fueron un intercambio de misivas entre una potencia occidental y los sionistas que ignoraban por completo la perspectiva y los deseos de los árabes” (*El País*, 7-5-2004). Evidentemente, tanto Ben-Ami como Buber son sionistas, y lo que buscaban o buscan es una nueva lectura de la historia de Israel que repare la injusticia cometida con el pueblo palestino por este Estado.

Todos los textos anteriores pertenecen a judíos y, salvo Primo Levi, israelíes. Si hubiéramos omitido sus nombres muchos los habrían tachado de antisemitas. Pero Taguieff y los defensores incondicionales de Israel acuden a un argumento siempre que las críticas surgen de voces judías: el autoodio. Para Taguieff el “odio de sí” de los judíos judeófobos progresistas, cuyo antecedente es Marx, transforma “el viejo odio hacia uno mismo [...] en odio hacia el Estado judío” (p.73-74, n.38).

El autoodio es el título que Theodor Lessing dio en 1930 a un libro con la biografía de seis personajes de origen judío que odiaban su origen. Uno de ellos, el periodista vienés Arthur Trebitsch, converso al cristianismo, odiaba de tal modo su judeidad que, al considerar todo lo judío criminal y que dicha judeidad era inextirpable, pedía a los alemanes, cristianos y “arios”, acabar sin piedad con los judíos, incluso “si con los injustos cien justos son destruidos”, incluyéndose a sí mismo.⁹ En la historia abundan las personalidades de origen hebreo ferozmente antijudías. Pero la mayoría no se autoodiaban, porque no se consideraban a sí mismos judíos. Fue al penetrar las ideas racistas cuando pudieron aparecer conversos como Trebitsch, que, odiando a los judíos sin fisuras, consideraba que el bautismo no le había redimido de su condición de tal. Pero se trata de casos extremos. Una cosa es odiar a todo un pueblo, el del propio origen, considerándolo criminal, y otra es criticar o rechazar la religión propia de ese pueblo o el nacionalismo vinculado a él. Un irlandés que critique o rechace, bien el catolicismo, bien el nacionalismo de su tierra, no tiene por qué odiarse.

⁸ Primo LEVI, *Entrevistas y conversaciones*. Barcelona: Península, 1998, p.63. La cita de Buber en Daniel ROMERO, *El País*, 28-12-2003. La de Dayan en Avi SHLAIM, *El muro de hierro*. Granada: Almed, 2003, p.150.

⁹ Gustavo Daniel PEREDNIK, *La judeofobia*. Barcelona: Flor del viento, 2001, p.145-147.

Entre los judíos que se autoodian Taguieff destaca a “los nuevos historiadores”, a los que descalifica diciendo que se han limitado “en gran parte a la búsqueda de una confirmación, obtenida recurriendo a nuevos archivos, de las tesis palestinas sobre la historia de Israel”. También los descalifica diciendo que son comunistas, incluso trotskistas, y que mantienen “compromisos políticos a favor de Palestina”. Taguieff reproduce una cita de Ilan Pappé en la que este dice que buscó demostrar con nueva documentación “algunas” de las quejas manifestadas por los intelectuales palestinos en su versión de la guerra de 1948 (p.124, n.28). ¿Por qué la actividad de un historiador queda descalificada si lo que busca es conocer el grado de razón que puede tener la visión de quienes están al otro lado del conflicto? Taguieff nada dice de los documentos de archivo israelíes que utilizan estos historiadores como base de sus argumentaciones. Le basta con descalificarlos por indagar en la versión palestina de los hechos y por su presumible comunismo. ¿Es que acaso la verdad es una cualidad intrínseca y esencial de los israelíes y la falsedad lo es de los palestinos? Quizá Taguieff debería releer sus reflexiones en *Le racisme*. Por otra parte, no conozco las trayectorias políticas y personales de todos los nuevos historiadores, pero sé que ni Avi Shlaim ni Ilan Pappé se consideran comunistas; y Beni Morris es hoy un ardiente defensor del sionismo antipalestino más radical, lo que no le impide asegurarnos que nuevos documentos de archivo demuestran que el Ejército judío recibió órdenes expresas, en 1948, de “limpiar” de palestinos el territorio del naciente Estado de Israel, lo que se tradujo en matanzas más amplias que las que había desvelado en su libro. Porque Morris justifica aquella acción, acusando precisamente a Ben Gurion de no haberla completado: “Hay circunstancias en la historia que justifican la limpieza étnica. [...] La necesidad de establecer este Estado en este lugar superó la injusticia producida al desarraigar a los palestinos” (*Haaretz*, 9-1-2004).¹⁰

AMENAZA ISLAMISTA Y VIOLENCIA ANTIJUDÍA

Taguieff busca con su libro que tomemos conciencia de la amenaza del radicalismo islamista y terrorista, lo que me parece muy justificado. Pero aprovecha para acusar a la izquierda judeófoba de ser sus “compañeros de viaje y [...] legitimadores auxiliares” al considerar que aquel es un producto derivado de la política imperialista israelí, norteamericana y occidental en su conjunto y rechazar, además, todo tipo de acción antiterrorista (p.63-65 y 227). De nuevo nos parece que Taguieff caricaturiza los argumentos de la izquierda occidental, reduciéndolos a posturas que quizá pueda sostener algún sector radical y minoritario. Porque se puede rechazar sin ambages el radicalismo islamista, tan ajeno en todos los sentidos a la tradición intelectual progresista, y denunciar a la par las injusticias y los conflictos de los que aquel se nutre, sin que ello suponga ningún apoyo. El propio Taguieff afirma que “mediante la causa palestina se construye ‘una forma de oposición o de resistencia glo-

¹⁰ Citado en Henry SIEGMAN, “Israel: The Threat from Within”. *New York Review of Books*, 26-2-2004, p.15-17.

bal del islam frente a Occidente”, y cita el caso de una inmigrante tunecina que comenzó a interesarse por el islam a raíz de la invasión israelí de Líbano (p.56). Como dice Jean Daniel: “La paz en Oriente Próximo no haría desaparecer el islamismo integrista, pero sí daría a los musulmanes muchas más posibilidades de combatirlo con eficacia” (*El País*, 19-3-2004).

Sinceramente, no veo esa “nueva fascinación del islam” en la izquierda europea (p.148), salvo en contadísimos casos, como el de Roger Garaudy, que con su conversión musulmana abandonó los presupuestos filosóficos del marxismo.

Pese a mi postura claramente crítica con este libro de Taguieff, hay dos ideas suyas con las que estoy de acuerdo. Sí creo que es frecuente la identificación del judío genérico con Israel (p.93), sin considerar que los judíos, dentro y fuera de ese Estado, manifiestan actitudes ideológicas muy diferentes, también en relación con el conflicto palestino. Aunque pienso que es más fácil encontrar esta generalización en la calle que en el discurso intelectual, por la tendencia popular a estereotipar a los diferentes pueblos ajenos al propio. Y coincido también con Taguieff no solo en su denuncia de la campaña de violencia antisemita que ha sufrido la comunidad judía francesa y de otros países (amenazas, agresiones, incendios, etc.), protagonizada mayoritariamente por jóvenes radicalizados de origen árabe, sino también en su denuncia de la pasividad de los sectores progresistas y de la sociedad francesa en su conjunto ante esta violencia (p.205-209). A mi juicio, el miedo a caer en actitudes xenófobas hacia las minorías árabes, auspiciadas por el ultranacionalismo lepenista y la extrema derecha europea, no puede justificar en modo alguno esta pasividad. Una agresión contra judíos (como contra cualquier otro tipo de individuos) no es mejor ni peor si la perpetra un grupo neonazi o uno de islamistas radicales, aunque estos últimos procedan de barrios marginales.

Al margen de los sentimientos antijudíos, crece en Europa el sentimiento antiárabe e islamófobo, basado en la ecuación árabe/musulmán = terrorista islamista. La reacción xenófoba ante la creciente inmigración musulmana y tragedias como las de Nueva York, Madrid o Londres incrementan estos sentimientos, explotados por grupos de la extrema derecha. Taguieff alude de pasada a la “xenofobia antimagrebí”, de la que dice que no ha suplantado a la judeofobia sino que puede convivir con ella (p.218), algo con lo que también estoy de acuerdo. Como en el caso español, donde judeofobia y arabofobia tienen un secular origen común en el casticismo, arraigado aún en la mentalidad popular. Pero es la segunda la que ha dado lugar a diferentes actos de violencia xenófoba, siendo el más sonado el que se produjo en El Ejido en el invierno de 2000. Una encuesta de Gallup para el Instituto Elcano, de mayo de 2004, mostraba que para los españoles Israel era el país peor valorado, pero entre los cinco países que le seguían cuatro eran musulmanes. Además, el islam encabezaba el *ranking* de religiones rechazadas y la mayoría de la población percibía a los musulmanes como autoritarios y violentos.

En España, a diferencia de Francia y otros países europeos, no se han dado en los últimos años violencias antisemitas importantes, quizá por el pequeño tamaño de la

comunidad judía. Aunque, tristemente, ante la amenaza terrorista las sinagogas y centros judíos tienen que recibir medidas especiales de protección. Por otra parte, la literatura antisemita radical se sigue publicando en pequeñas editoriales de la extrema derecha (integristas, neonazis y otras), mientras que libros como *España frente al islam*, de César Vidal, que no solo sataniza a los musulmanes sino que pide su exterminio mediante bombas nucleares (pide exactamente derrotar al terrorismo islámico con estas armas), se publican en ediciones de gran tirada y tienen gran predicamento en los medios de comunicación derechistas.¹¹

EN CONCLUSIÓN

En el centro de “la nueva judeofobia” denunciada por Taguieff está el conflicto palestino-israelí. Esta es ya una diferencia importante con el antisemitismo clásico de la extrema derecha europea, muy anterior al mismo. En el caso del radicalismo árabe y musulmán es claro que del antiisraelismo se ha llegado al antisemitismo. Pero no ha ocurrido lo mismo en los medios de la izquierda occidental, con la excepción quizá de pequeños sectores extremistas que busquen el apoyo de las minorías musulmanas de sus países. Dicho conflicto sí puede reavivar en la calle los seculares estereotipos antijudíos.

Se trata de un conflicto que levanta pasiones con facilidad, generalizándose los alineamientos parciales en uno u otro bando, con lo que se ve la barbarie de unos mientras se oculta, e incluso justifica, la de los otros. Pero esto no es antisemitismo. El propio Taguieff cae en esta actitud parcial y confunde las críticas a la política de ocupación y colonización israelí con un inexistente antisemitismo exterminador. Cuando estas críticas llegan de la mano de judíos e israelíes, acude a la acusación de autoodio. Personalmente creo que todos debiéramos hacer un esfuerzo para denunciar en el conflicto la brutalidad y la violencia de cualquiera de los dos bandos. Por eso, a diferencia de Taguieff, admiro a esos israelíes y judíos que, lejos de autoodiarse, sin renunciar en absoluto a su identidad y a su patria, intentan ponerse en el lado del otro, único camino para alcanzar la justicia y la paz. En la mente de todos está el nombre de gran número de ellos. Quiero citar tan solo al cineasta israelí Asher de Bentolila Tlaim, cuya película *Galoot* es un verdadero poema sobre la relación entre dos identidades humanas, la judía propia y la del “otro” palestino.

GONZALO ÁLVAREZ CHILLIDA

Catedrático de instituto y profesor de la UNED

¹¹ César VIDAL, *España frente al islam*. Madrid: La Esfera de los Libros, 2004, p.436-437.